

# PUNTA RASA: OTRA VUELTA DE TUERCA

Una vez más vuelve a agitarse la falsa antinomia Conservación vs. Progreso en Punta Rasa, donde las autoridades del Municipio de la Costa se empeñan en construir un puerto pesquero y deportivo, justamente en el corazón de la zona, esto es en las extensas playas de aguas salobres, extraordinariamente ricas en organismos de los que se alimentan las exhaustas aves migratorias.

Decíamos que la supuesta controversia no es tal, pues conservación implica progreso, siempre que éste sea sostenible y que sea resultado de un cuidadoso análisis ecológico global y en el largo plazo. Son tristemente célebres las obras gigantescas realizadas en aras de un "progreso" que luego la realidad se encargó de desmentir cuando ya era tarde.

El enorme interés biológico de Punta Rasa es una realidad suficientemente conocida, y así lo entendieron la Armada Argentina y la Fundación Vida Silvestre Argentina al impulsar la estación biológica de Punta Rasa para el anillado e investigación de las aves que hacen allí escala en sus migraciones.

La falta de estudios serios para encarar la construcción del puerto, según ha denunciado la FVSA, refuerza la noción de que existe apresuramiento en el proyecto, al parecer fundado en intereses locales de discutible oportunidad, y que obviamente no tienen en cuenta los de las aves. El punto propuesto para la construcción del puerto es el "riacho" al oeste del faro (en realidad, un cangrejal) que queda prácticamente en seco en la baja marea y que está a cientos de metros de distancia del calado necesario para navegar. El movimiento de tierra y el posterior dragado permanente hacen del proyecto algo faraónico de arranque, y difícil de mantener

luego.

La Tapera de López, el puerto de San Clemente y, si existiera voluntad de integración, el propio puerto de General Lavalle, podrían servir a aquellos fines utilitarios y recreativos a menor costo económico y ecológico. Para ello se necesita que en el ánimo de los progresistas municipales exista la comprensión necesaria sobre la naturaleza de Punta Rasa, y sobre lo inoportuno de contravenir la Convención RAMSAR. Nuestra Cancillería está concluyendo los trámites para formalizar la adhesión de la Argentina a esta institución internacional, también conocida como Convención Relativa a Humedales de Importancia Internacional (especialmente como hábitat de Aves Acuáticas).

La ley nacional 23.919, que nos hizo partícipes del espíritu de dicha Convención, obliga a los argentinos a proteger áreas como Punta Rasa, ya que aquélla sostiene que las aves "en sus migraciones pueden atravesar las fronteras, por lo que deben ser consideradas como un recurso internacional". Si la Municipalidad de la Costa siguiera leyendo el texto de la ley, se abstendría de avanzar en la realización de trabajos que no favorezcan "la conservación de los humedales", tal como lo encomienda puntualmente el artículo 3º. Por si quedara alguna duda acerca de nuestra responsabilidad sobre el área, puede leerse el art. 4º donde dice que "cada parte (=país) fomentará la conservación de los humedales y de las aves acuáticas creando reservas naturales en éstos, estén o no incluidos en la lista, y tomará las medidas adecuadas para su custodia".

Desde la Asociación Ornitológica del Plata estamos poniendo todo nuestro saber y nuestro sentir para que se cumpla una de nuestras razones de ser: la conservación de la avifauna

autóctona. A través de la Subcomisión de Áreas Protegidas estamos uniéndonos al necesario clamor para evitar que una vez más la miopía se imponga sobre la cordura. Todos nuestros asociados, y en especial aquellos que se han deleitado con la cantidad y variedad de aves migratorias (chorlos, playeros y gaviotines) de Punta Rasa, pueden y deben ser parte de este movimiento a favor de la conservación del área, tal como lo decimos en páginas interiores. Es necesario que los estudios emprendidos allí prosigan, si es posible con mayor empeño, para establecer la evolución de esas poblaciones y prevenir la posible desaparición de alguna especie, pues ya es motivo de preocupación la escasa presencia de ciertos migradores. El movimiento o la contaminación de los limos del lugar podrían provocar serias perturbaciones. En principio convendría evitar la circulación de vehículos, cuyos conductores parecen disfrutar, en muchos casos, con la estampida de las bandadas que se aposentan cuando el agua baja y deja las playas al descubierto. El turismo mal entendido ya es causa de un severo impacto en ese ambiente tan especial y delicado.

Es una lástima que en vísperas de la Cumbre de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo de Río de Janeiro, donde la Argentina debería dar ejemplo de conciencia ecológica, no sólo no seamos capaces de convertir Punta Rasa en una reserva modelo para el conservacionismo, sino que todavía la mantengamos, ante propios y extraños, en una franja de incertidumbre, como si las aves migratorias que son su maravillosa riqueza pudieran mudarse a otra parte.

**El Comité Editor**